

# Siempre hay un motivo

Una historia de médicos

Santiago Prieto



# Siempre hay un motivo

Una historia de médicos



# Siempre hay un motivo

Una historia de médicos

Santiago Prieto



# www.tebarflores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa de Editorial Tébar Flores. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

**Siempre hay un motivo**

© **Santiago Prieto**

© Editorial Tébar Flores, S.L.

Tel.: 91 550 02 60

info@tebarflores.com

www.tebarflores.com

eISBN: 978-84-7360-870-1

Depósito legal: M-13978-2022

*Dedicado a A.P.G.*



*“... porque el amor, según he oído decir, unas veces vuela,  
y otras anda;.. a unos entibia y a otros abrasa; a unos hiere,  
y a otros mata...”*

Cervantes

*“En su vuelo natural, el espíritu humano no va de placer  
en placer, sino de esperanza en esperanza...”*

Samuel Johnson



# Índice

Nota preliminar .....	13
Uno: Giuseppe Scalpellini .....	17
Dos: El paciente .....	31
Tres: El anónimo .....	53
Cuatro: Chiara Scola .....	59
Cinco: Romolo Toscanesi .....	69
Seis: El amor .....	85
Siete: La investigación .....	107
Ocho: Sicilia .....	123
Nueve: Giacomo Pirovano .....	153
Diez: El acuerdo .....	165
Once: <i>La seconda vita</i> .....	185
Doce: El cadáver .....	197
Trece: Centro Médico Veritas .....	219
Catorce: La autopsia .....	259
Quince: El apartamento .....	291
Dieciseis: La información .....	301
Diecisiete: Doctor <i>honoris causa</i> .....	327
Dieciocho: La ruptura .....	343
Diecinueve: <i>La lege è uguale per tutti</i> .....	353
Veinte: Epílogo .....	363



# Nota preliminar

**A** lo largo de 2011, el diario noruego Bergen Stjerne publicó por entregas en su suplemento literario dominical el texto *Det er alltid en grunn. En historie med leger*, en español *Siempre hay un motivo. Una historia de médicos*. Un año más tarde, los fascículos fueron compendiados y editados como libro en el país nórdico por la poco conocida firma Rundt Bord. En su momento, tanto las páginas semanales en el periódico como el compendio tuvieron cierto éxito, sobre todo entre profesionales de la sanidad, lo que llevó a su traducción por la Editorial a otras lenguas cultas.

Según consta en la contraportada y respetando su decisión, no se incluye la fotografía del autor, Silvano Pietrangeli, del que como datos biográficos nada más se indica que nació en Florencia en fecha no precisada y que fue profesor de filología latina en Venecia antes de recalar en una universidad de Noruega. Autor de varios libros de relatos breves, en el país escandinavo ejerció la docencia hasta su fallecimiento tras una larga enfermedad pocos meses antes de que la obra llegara a las librerías. En un breve apunte, la Editorial se hace eco de la indicación de Pietrangeli de considerar su obra no como una novela propiamente dicha, dejando al criterio del lector cómo catalogarla; y, por otro lado, consciente de la imposibilidad de crear personajes de ficción que

no recuerden a alguien conocido por el público, insistía en la idea de que los individuos, lugares y situaciones que se describen en estas páginas son imaginarios, por lo que “cualquier similitud con la realidad deberá atribuirse exclusivamente a la imaginación del que las leyere”.

No obstante, según se avanza en los capítulos, surge la duda de si tales afirmaciones son del todo ciertas o constituyen una licencia literaria. Porque en algunos pasajes da la impresión de que el autor, quien a lo largo del texto se refiere varias veces a sí mismo como “el cronista”, pudo conocer próxima o lejanamente a algunos de los protagonistas de la historia que escribe; o, incluso, si se basó en algunos acontecimientos reales. Lo sugiere el uso de algunos términos técnicos no habituales para el público general, y que por aquella época dos médicos con ejercicio profesional en diferentes hospitales de una ciudad del centro de Italia, perdieran la vida de manera violenta en un breve lapso de tiempo. Tal sugerencia vendría a corroborarse en las páginas finales del libro, cuando el autor expresa su “más sincero reconocimiento a la doctora Chiara Scola”, valiosa mujer que en esta narración fue sufrida esposa de un famoso cirujano y amante apasionada de un oncólogo peculiar.

Puestos en contacto con el Decano y miembros del Departamento de Filología de la Universidad, con la Redacción del Bergen Stjerne y el Director de la Editorial Rundt Bord, todos coincidieron en afirmar que el profesor Pietrangeli era extraordinariamente celoso de su vida privada y no nos pudieron facilitar ninguna información relevante sobre su estancia en Noruega, trayectoria vital y escritos profesionales previos. Lo que en algún momento lleva al lector a pensar que quizá pudo utilizar un pseudónimo a la hora de firmar su obra.

La traducción a la lengua de Cervantes se debe a Niklas Bjarne Bjørk, corresponsal en Madrid del diario noruego. A su vez, y

finalmente, el responsable de esta edición, en todo fiel a la original, se ha limitado a hacer mínimas correcciones de estilo y precisado algunos giros un tanto confusos en la difícil transcripción del texto original al español.



# Uno

## Giuseppe Scalpellini

**M**ientras el segundo ayudante daba los últimos puntos de sutura a la herida quirúrgica, la rociaba generosamente con líquido antiséptico y la cubría con un amplio apósito, el primer cirujano se quitó los guantes de látex con parsimonia. Se notaba algo cansado ya que era la segunda intervención larga del día y apenas había tenido un pequeño momento de relax entre una y otra. Al mirar sus manos, ahora sudorosas e impregnadas de polvos de talco, Giuseppe Scalpellini reconoció que estaba satisfecho, una vez más.

Discípulo de un cirujano general temprana e injustamente olvidado, pionero de la microcirugía de las metástasis tumorales y maestro en el campo de los trasplantes de testículo y vesículas seminales, de corazón, pulmones e hígado, así como los combinados de páncreas, riñones e intestino, había terminado con brillantez una intervención de las vías biliares especialmente compleja. Una cirugía al alcance de muy pocos especialistas en el mundo. Porque si las alteraciones congénitas de esas vías y, en especial, las producidas por traumatismos abdominales o por cirujanos torpes, eran relativamente frecuentes, Giuseppe Scalpellini era un virtuoso en su reparación. No en vano desempeñaba por méritos propios el cargo de Jefe Plenipotenciario de Cirugía en el Hospital Americano de Vilabianca, prestigioso centro privado donde ejercía por

las tardes y fines de semana, junto con los de Catedrático y Jefe del Departamento de Cirugía Torácica y Abdominal en el Hospital Comunale Sud en la misma ciudad.

De tal manera, gracias a su buen hacer, además de alargar la vida a algunos enfermos con la extirpación de las metástasis y devolvérsela a otros muchos con los trasplantes de vísceras, otros tantos lograban recuperarse de anomalías de las vías biliares; y muchos más, de los desaguisados cometidos por otros cirujanos a los que Scalpellini se resistía a considerar colegas. De hecho, si en el público y mastodóntico Hospital Comunale realizaba las operaciones más habituales, como eran la extirpación de tumores considerados imposibles de resear por casi todos los especialistas y los trasplantes de vísceras, en el distinguido Hospital Americano, muchas de sus intervenciones consistían en la reconstrucción de las vías biliares dañadas en cirugías previas. Tal era el caso que acababa de culminar con éxito.

Por lo tanto, dada su pericia quirúrgica, no sorprende que entre sus clientes-enfermos figurara lo más granado de la sociedad. Así, su muy selecta clientela se componía de grandes empresarios y banqueros sistémicos; de hombres y mujeres de negocios; constructores y presidentes de fundaciones de rancio abolengo; políticos de todas las sectas, colores y mutaciones; directores de periódicos influyentes y aristócratas venidos de los cuatro puntos cardinales; magistrados de diferentes etiquetas, filias, fobias, cuadras, marchamos, cojeras, perfiles, sellos, variantes y tendencias; familiares de prebostes europeos y jeques del Golfo Pérsico; magnates rusos y directores de orquestas sinfónicas; príncipes de la Iglesia y presidentes de federaciones y clubes de fútbol; productores cinematográficos, actores y actrices famosos; capos de la droga venidos de Asia, Centro y Sudamérica; directores de ONG, presentadores de televisión y grandes ayatolás; secretarios generales de sindicatos obreros, cantantes de ópera, maharajás del

Indostán, jercas chinos, comunistas multimillonarios de oriente y occidente y hasta alguna cabeza coronada. Por supuesto, todos ellos intervenidos privadamente en el Hospital Americano, punto de peregrinación de aquellos próceres.

En suma, el cronista puede afirmar que Scalpellini tenía una fama bien ganada tanto dentro como fuera de su país, razón por la que con frecuencia era requerido para presidir mesas redondas y pronunciar conferencias en hospitales, facultades de Medicina o sociedades de cirugía en cualquier parte del mundo civilizado. Obviamente, actividades traducidas en suculentos cheques, hermosos certificados de *lectures* dadas en universidades de postín, y en bellas esculturas de marfil, maderas exóticas o metales preciosos que relucían sobre su mesa y las estanterías de su biblioteca. Ello sin olvidar los cuadros de pintores cotizados y lujosamente enmarcados que colgaban de las paredes de sus despachos en el Comunal y el Hospital Americano. (Como es lógico, al estar dirigidas a impresionar a una clientela tan distinguida, en este último era donde brillaban las obras más valiosas desde el punto de vista crematístico).



Tal vez, por encima del número de mansiones, su arquitectura, opulencia externa y grado de mantenimiento; el de jardines privados con cuidadas piscinas aún más privadas; el de restaurantes con elegantes comedores reservados a una exquisita minoría; el de discretas sucursales bancarias; el de hoteles de cinco o más estrellas; el de tiendas con escaparates de un lujo rayano en lo ofensivo; o el de automóviles fastuosos que vemos circular por las avenidas de las grandes ciudades y urbanizaciones blindadas del extrarradio, uno de los índices más fidedignos de la riqueza de un lugar es el número de clínicas y hospitales privados que encontramos allí. Porque si los realmente poderosos suelen evitar

exponerse a la luz pública y en condiciones normales seleccionan muy bien con quién se relacionan, se vuelven mucho más opacos cuando enferman y deben ingresar de manera programada en una institución médica, llámese centro, clínica, sanatorio u hospital.

Una vez en el interior, el punto de partida siempre es una habitación individual, amplia, luminosa, cómoda y con antesala para recibir visitas. Una estancia con una cama para el paciente dotada de todos los artilugios mecánicos imaginables; un lecho anejo para un sirviente o familiar acompañante; un cuarto de baño como el de un hotel de lujo y más de un detalle suntuoso en aditamentos, muebles y paredes. Para el común de los mortales es difícil imaginar qué grado de gusto pueden alcanzar los diseñadores de ambientes interiores y exteriores destinados a hacer cómoda la estancia, a quien puede permitírsele, en una habitación que no es la propia.

Compartir espacios con quien no se conoce, y no digamos con quien no se desea, es una experiencia ingrata en sí misma. Pero, como sucede en muchos hospitales públicos, todavía lo es más cuando ha de hacerse con alguien enfermo; y, en mayor o menor medida, también se debe compartir su padecimiento, conversación, ruidos, caprichos, olores, chácharas e impertinencias de sus visitantes; o, incluso, su muerte. De ahí que, alcanzada cierta edad y posición, a la hora de enfermar, los poderosos valoren en mucho su individualidad, la hostelería, la estética del ambiente, las comodidades, el silencio y el trato respetuoso hasta el almíbar por el personal sanitario; además de otro factor significativo como es el *qué dirán* por parte de sus parientes, colegas, conocidos y amistades. En consecuencia, no sólo eligen muy bien en manos de quién ponen el diagnóstico y tratamiento de su mal, sino también dónde ingresan.



Si bien carecería de trascendencia en la historia descrita en las páginas que siguen, en este momento el cronista desea recordar que a Giuseppe Scalpellini no le acompañaba una morfología sobresaliente, ya que no era alto, atlético ni guapo y que su rostro carecía del más mínimo atractivo o simpatía. Sin embargo, poco después de haber cumplido el medio siglo de existencia, tenía algo mucho más valioso que todo ello: poder. Un poder conseguido con inteligencia, decisión, perseverancia, una alta dosis de soberbia y muchas horas de trabajo pasadas ante los libros y en el quirófano. Y lo más importante: Scalpellini lo ejercía sin titubear.

Sabía que, precisamente, el poder dentro del Comunale lo conseguía fuera operando a gente de alto nivel. Porque, sólo por poner dos ejemplos puntuales, haber trasplantado el corazón y los pulmones al Director del Banco de Desarrollo Occidental, cuando había sido desahuciado por médicos y cirujanos de reconocido prestigio, daba mucho poder. Casi el mismo que derivaba de la extirpación de la vesícula biliar gangrenada a la queridísima mamá del presidente de un *land* alemán, amante del nada discreto director de una revista de moda de edición internacional. En consecuencia, nadie del Servicio de Scalpellini ni del resto del Comunale se atrevía a contravenir sus deseos, discutir sus opiniones, interrumpir sus peroratas ni, todavía mucho menos, cuestionar sus decisiones.

Siempre bien vestido, con una memoria extraordinaria, curiosidad por todo y estudioso de todo; auto y hetero exigente; disciplinado, metódico y altivo hasta el extremo, Giuseppe Scalpellini nunca solicitaba, argumentaba, discutía, rebatía o polemizaba. Como tampoco se rebajaba a explicar pretendiendo convencer. A lo sumo exponía, enunciaba, dogmatizaba, sugería, comentaba, disertaba, matizaba, apuntaba, dictaba, pontificaba o exigía, por supuesto con pocas palabras y sin levantar la voz, sabiendo de antemano que iba a ser obedecido. Del mismo modo que sólo

respondía a las preguntas que juzgaba inteligentes, ignorando por sistema las típicas de periodista, las retóricas, las que consideraba necias, las de respuesta obvia o las que nada más pretendían el lucimiento del preguntador. En esos casos, simplemente hacía como que no las oía, miraba para otro lado y se dirigía con un leve gesto al siguiente que pareciera estar dispuesto a plantearle una cuestión digna de ser contestada.

Soberbio como los dioses, Scalpellini no tenía amigos, colaboradores ni discípulos, tan sólo subordinados, admiradores y servidores a los que veía como meros instrumentos de sus designios; como tampoco contaba con interlocutores sino con auditorios, oyentes o escuchantes. Si el filósofo griego Protágoras escribió allá por el siglo quinto antes de Jesucristo que “El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son”, parece que lo hiciera pensando en el cirujano que nacería en Vilabianca veinticinco siglos después. Porque Scalpellini era la medida de todo lo que habitaba y sucedía a su alrededor. Él, sencillamente, era, brillaba y mandaba.

En el Comunale Sud se comentaba con frecuencia la anécdota protagonizada a su pesar por un joven gerente con ínfulas de grandeza, llegado poco antes desde la capital de la República. Conocedor de la fama del cirujano, para demostrar con un acto simbólico quién mandaba allí, un buen día tomó la decisión de modificar por su cuenta el parte de quirófanos en lo que coloquialmente entre varones se conoce como “a ver quién tiene más testosterona”, o su vulgar equivalente de “a ver quién dispone de la manguera más larga”. Sólo a primera hora de la mañana siguiente, cambiado ya el traje príncipe de Gales por el pijama azul celeste, y justo después de cepillarse minuciosamente con jabón quirúrgico uñas, dedos, manos y brazos hasta por encima del codo para empezar su labor, Scalpellini vio el estadillo corregido. Al comprobar que en el nuevo no figuraba el nombre del paciente con un tumor

maligno al que tenía previsto operar, preguntó sorprendido cuál era el motivo de no haber sido informado a tiempo. Alguien, en voz baja y con más miedo que vergüenza, le comunicó el porqué: era una decisión tomada pocos minutos antes por el nuevo gerente, director de directores, y cuyo nombre no podía ser pronunciado en vano. En el antequirófano, varios cirujanos de otras especialidades asistentes involuntarios a la escena, enseguida se percataron de que estaban asistiendo a un momento crucial en la historia quirúrgica del Comunale. Poniendo cara de jugadores de póker se miraron de reojo y, sin hacer el más mínimo comentario, quedaron inmóviles guardando un silencio tan espeso que hubiera sido necesaria una máquina radial para cortarlo. ¿Cuál sería la reacción del Catedrático Jefe de Cirugía?

Sorprendido por la insólita noticia que acababan de comunicarle, Scalpellini reaccionó sin pestañear ni mudar la faz y tomó inmediatamente una decisión. Tras quitarse el pijama para vestirse de calle, mientras se ajustaba el nudo de la corbata y volvía a ponerse la chaqueta, susurró: “Voy a tener que ir a verle. Quién sabe, es posible que sólo sea un error propio de principiante. El pobrecillo hace poco tiempo que se ha incorporado al Comunale. Démosle el beneficio de la duda...”

Tomó un ascensor interior hasta la planta rectoral, internamente conocida como “la de Capone y los cuatrocientos zánganos”, recorrió un par de pasillos y poco después llegó a la Dirección. Sin detenerse, mirando a lo lejos a través de los cristales de la ventana, dio los buenos días a las secretarias y, sin llamar, entró con decisión en el gran despacho del gerente dejando la puerta a medio cerrar. En apnea, aterradas, inmóviles, taquicárdicas, afásicas, con las boquitas cerradas y las posaderas firmemente apretadas a sus asientos, desde detrás de sus mesas las dos mujeres pudieron oír algunas frases entrecortadas. Unas frases que muy pronto, y más o menos fidedignamente, fueron reproducidas mil veces para

extenderse en pocas horas como una mancha de aceite por pasillos, quirófanos y despachos del Comunale Sud.

La primera fue pronunciada por el recién llegado. Sin salutación ni introducción, fue una pregunta disparada a botepronto desde el centro geográfico del despacho. A un metro de la gran mesa gerencial, erguido, con los puños medio cerrados y pegados al cuerpo, las piernas separadas en compás, con gesto de desagradado y un tono de voz en el que se percibía una notable irritación, Scalpellini inquirió:

—¿Es cierto que usted me ha quitado uno de mis tres quirófanos y a primera hora ha modificado por su cuenta el parte de operaciones de esta mañana? —dijo recalcando el “usted”, el “me” y el “mis”.

—¡Menudos modales! ¡Por lo menos podías llamar a la puerta antes de entrar y no presentarte así, sin avisar...! —respondió, sorprendido, el director superlativo sin levantarse del sillón—. Deberías saber que estás en el despacho del gerente, tu superior. ¡Que sea la última vez!... Sí, por supuesto. A primera hora he ordenado modificar el parte de quirófanos. Y has de saber que no será la última. Según me han comentado algunos de tus colegas, parece que estás acostumbrado a hacer tu santa voluntad en este hospital desde que se inauguró y que los gerentes anteriores se comportaban contigo como si fueran tus perritos falderos. ¿Acaso te crees la estrella del Comunale?... Hasta hoy nadie te ha llevado la contraria, pero te comunico que se te acabó eso de hacer y deshacer a tu antojo. Los tiempos han cambiado. Me parece que aún no te has percatado de que el poder médico ya hace mucho que desapareció de hospitales y consultorios... Por referencias tengo entendido que eres un dictador, pero, como veo que todavía no te has enterado, te diré que estamos en un país democrático. Yo soy el nuevo gerente. He sido nombrado directamente por el

Viceministro de Salud de un gobierno elegido democráticamente por el pueblo. Ya deberías estar al tanto de que desde hace un mes yo soy quien gestiona el Hospital Comunale Sud. Yo tengo todo el poder y tú eres mi subordinado. Lo dice la ley... Has de saber que, además de ser médico, tengo tres máster internacionales en gestión sanitaria y dirección ejecutiva y que me han sido otorgados plenos poderes. Desde hace exactamente una semana todo está cambiando aquí y, mira por dónde, hoy te ha tocado a ti. ¿Acaso piensas que los quirófanos son de tu propiedad? ¿Quién te has creído que eres?... Por cierto, no sé si te han dicho que tus colegas te odian y echan pestes de ti —terminó el gerente, progresivamente crecido, con la mandíbula alta y gesto desafiante.

Tras un momento de reflexión y sosteniéndole la mirada, Scalpellini respondió sin cambiar de posición ni modificar la inflexión de sus palabras:

—Me parece que usted está desorientado. En primer lugar por el tuteo, ya que ni nos han presentado ni tenemos nada en común. De ninguna manera lo acepto y hoy no voy a hacer una excepción... No obstante, sólo por esta vez y dada su evidente bisonñez, le haré el favor de dedicarle unos minutos y tratarle como a un alumno o un residente de primer año. En segundo lugar, se ha equivocado por haber interrumpido mi labor, ya que ahora debería estar en el quirófano practicando la primera intervención de la mañana. Por su culpa, un paciente ha visto retrasada la cirugía que tenía programada... Y en tercero, está muy confundido por considerarse mi superior... Eso de que el poder médico ha desaparecido, simplemente no es aplicable a mí... Escuche con atención lo que le voy a decir porque no se lo voy a repetir. Haga un esfuerzo... La larga perorata que se ha permitido es irrelevante de todo punto. Me está haciendo perder el tiempo y, objetivamente, eso sí es importante. Afirma que soy un dictador, cuando los gerentes llevan décadas comportándose como amos absolutos

de los hospitales. Pero, sólo para que se oriente, en mi opinión, que es la única que importa, usted no es un médico porque es incapaz de ejercer esta profesión con un mínimo decoro. Usted no pasa de ser un simple licenciado en Medicina que ha colgado la bata y vendido su alma a la política. Apenas alcanza la categoría de un burócrata que vale exclusivamente para crear burocracia y tomar decisiones burocráticas. Un simple funcionario, un plumífero indocumentado que habita en un mundo de realidad virtual. Un esclavo de cifras y estadísticas elaboradas y maquilladas para satisfacer al político que le ha nombrado y al que se debe en cuerpo y alma... Usted no es un director, usted es un síntoma. Es un síntoma de la mediocridad e incompetencia que imperan en todo lo público; una consecuencia de un sistema político y económico podrido en su esencia... Por el contrario, mi mundo es real. Yo no hago juegos malabares con los números. Yo resuelvo problemas de verdad. Problemas muy complejos que usted ni siquiera atisba y que nunca será capaz de entender... Aunque crea ser alguien, en la sociedad usted es un personaje secundario. Los individuos como usted existen porque hay hospitales, pacientes y médicos de verdad... Dice que estamos en un país democrático, pero ha de saber que, al igual que la docencia, ni la Medicina ni la Cirugía son democráticas. Y, mucho menos, burocráticas. ¿Acaso cree que, a la hora de diagnosticar o tratar a un enfermo, todas las opiniones valen lo mismo? ¿Piensa que las decisiones en el quirófano, en una sala de hospitalización o en una consulta se toman por votación? ¿Cree que el prestigio, la autoridad científica y el respeto profesional se consiguen democráticamente?... ¡Pobre ignorante!

—¡Cómo se atreve a hablarme así! —exclamó el gerente, amagando con levantarse del sillón e intentando reconducir la situación.

Pero no tuvo ocasión de hacerlo, porque Scalpellini le hizo callar levantando la mano izquierda con un brusco gesto de desprecio que le dejó paralizado, para continuar con su disertación:

—¡Cállese y no se le ocurra volver a interrumpirme! —dijo señalándole con el dedo índice—. Escuche y aprenda... La lección que voy a darle es gratis. Si tuviera luces, cosa que dudo, sabría que los enfermos vienen a este hospital a verme a mí y, quizá, a algún que otro médico lejanamente parecido a mí. No a usted, ni a ninguno de los miembros del rebaño de medianías que llaman equipo de dirección... Si Vilabianca y el Comunale son conocidos en el mundo es por mí, no por usted ni por los que le han nombrado. Fuera de aquí, usted y sus acólitos no son más que un cero a la izquierda. Todas esas maestrías de las que alardea —me niego a utilizar el término máster— no le convierten en maestro de nada. Sus diplomas en gestión sanitaria sólo son fuegos fatuos y no valen ni la milésima parte del último artículo que antes de ayer he publicado en el *Annual Review of Surgery*... Como estoy seguro de que no lo sabe, he de decirle que en esa revista nada más escriben autoridades en la materia y sólo por invitación expresa... Mientras usted juega con números y papeles, yo me enfrento a dramas de carne y hueso. Para mis pacientes yo represento la última esperanza... En cuanto a lo que usted piense sobre la Medicina y lo que le hayan dicho mis colegas sobre si hago o dejo de hacer, no me importa lo más mínimo... Por cierto, mis colegas, esos habitualmente inútiles a los que ignorantes como usted nombran jefes de servicio sin merecerlo para que mantengan tapado el puchero de los problemas, les sirvan de correa de transmisión y traguen con todo lo que se les ocurre... Dice que me odian, pero debería saber que si es así, simplemente es porque me envidian. Salen muy mal reflejados en el espejo. En vez de vagar y esconderse en los despachos, más les valdría estudiar, trabajar, aprender a escribir, publicar en revistas de prestigio, dar lustre al cargo, conocer el mundo científico e intentar imitarme... Pues bien, hechas las puntualizaciones pertinentes, en cuanto a su primera pregunta le respondo que sí. Aunque es cierto que están en el Comunale, mis tres quirófanos los controlo yo. Exclusivamente yo. Por si sus espías aún no se lo han dicho, yo ordeno y

mando. En mi servicio yo decido a quién se opera y quién, cómo, cuándo y en qué quirófano se le opera. En cuanto a su segunda pregunta, se la debe hacer usted a sí mismo... Piénselo. Tendrá que contestársela muy pronto —concluyó el cirujano, dando por terminada una conversación que duró exactamente tres minutos.

Mientras el gerente, aturdido y aún sentado, balbuceaba intentando elaborar una respuesta coherente, Scalpellini se dio la vuelta sin esperar, salió del despacho dejando abierta la puerta a su espalda, volvió a dar los buenos días a las secretarias mirando al infinito y con su habitual paso rápido se alejó sin mirar atrás rumbo a sus quirófanos. Nada más salir al pasillo alguien vio cómo, sin detenerse ni cambiar su hierática expresión, sacaba el teléfono móvil de un bolsillo del pantalón y hacía una llamada. Nunca se supo, ni probablemente nunca se sabrá, con quién habló aquel día a primera hora de la mañana. Pero sí trascendió que el intrépido y obnubilado gerente fue trasladado por sus superiores políticos dos días más tarde a un hospital público de Palermo en calidad de subdirector del servicio de mantenimiento con una merma significativa de su sueldo.



De cara a la galería, ejercer en el Comunale le daba un toque de aparente idealismo y compromiso social, ya que Scalpellini intervenía allí a pacientes de la sanidad pública por una nómina irrisoria. Enfermos habitualmente de clase media o baja junto con muchos parias y desechos de la sociedad, algo que procuraba trascendiera extramuros y que los medios progresistas de comunicación valoraban mucho por aquello de la preocupación social. Ya se sabe cuánto puntúa en las redacciones de periódicos y televisiones públicas el llamado compromiso. Trabajar allí también le permitía, por un lado, hacer todo tipo de intervenciones complejas y trasplantes de vísceras; y, por otro, además de ejercitar las manos

a diario, como catedrático, llevar bordado en el bolsillo superior de la bata sobre la tetilla izquierda, la palabra mágica: Profesor. Todo el mundo, desde el director máximo hasta la última auxiliar, secretaria o celador, pasando por médicos y enfermeras de todos los servicios, en el hipotético caso de que se atrevieran a ello, debían dirigirse a él empezando por esa palabra o tratamiento.

Por supuesto, el grueso de su remuneración procedía de la práctica privada, ya que su caché expresado en euros hacía tiempo que alcanzaba los cuatro ceros precedidos de un seis por cada cirugía en el Hospital Americano de Vilabianca. En consecuencia, era rico. Muy rico. Excepcionalmente, ante alguna alusión a sus elevadas minutas hecha por un cliente o, en especial, por un familiar cargado de audacia, había contestado con una sonrisa irónica: “¿Cómo dice? Debería saber que yo no busco a mis pacientes. Son los pacientes los que me buscan y se acercan a mí. Pasar por mis manos es un honor, una distinción... Para usted, ¿hay algo más importante que la salud? ¿Le parece que es lo mismo jugar al baloncesto en la NBA que en la liga calabresa? Pues la cirugía es algo muy parecido. Si se quiere lo mejor, hay que pagarlo. ¿Puede permitírselo?... Estoy muy ocupado. Por favor, no me haga perder el tiempo con preguntas impertinentes”.



# Dos

## El paciente

**S**calpellini conoció a Giacomo Pirovano, el hombre al que acababa de intervenir en el Hospital Americano, justo una semana antes. El cronista recuerda que Pirovano entró titubeante en el despacho, estrechó la mano que el cirujano le ofrecía y, ante la indicación de éste, se sentó enfrente al otro lado de la mesa.

A pesar de estar en enero, no llevaba abrigo. Sólo un traje gris oscuro, camisa muy blanca, sin corbata, y una larga bufanda negra. Debía de tener menos de cuarenta años, lo que en cierta medida le extrañó ya que la gran mayoría de sus pacientes eran mujeres y hombres maduros o ancianos. A simple vista, Scalpellini observó que daba la impresión de estar enfermo. En otro tiempo aquel hombre debía de haber sido fuerte. Ahora, más que flaco, estaba adelgazado. Llevaba el pelo cortado a cepillo y en su cara había un rictus mezcla de dolor y de dureza. Sin apenas tejido adiposo en un rostro en el que resaltaban los ojos hundidos y los maseteros, sus pómulos eran prominentes. A un metro de distancia era evidente la ictericia de las conjuntivas. Tenía una mirada escrutadora que deslizaba sobre todos los objetos, pareciendo fijar cada detalle del despacho y la persona que acababa de recibirle. Al quitarse la bufanda y desabrocharse la chaqueta para tomar asiento, el cirujano percibió en él un gesto de incomodidad y vio

que una bolsa opaca de plástico flexible le colgaba del lado derecho del cinturón. Además, al entrar le había parecido que cojeaba ligeramente del pie izquierdo.

Como acostumbraba, el cirujano escribió la historia clínica a mano con su estilográfica Montblanc modelo *Meisterstück Solitaire Doué Classique Le Petit Prince*, edición limitada. Más que una pluma, una obra de arte en cuyo plumín artesanal de rodio y oro de diez y ocho quilates estaban artísticamente grabados el Principito y el zorro, protagonistas del mitificado librito de Saint-Exupéry. Cuando la recargaba cada mañana con tinta de la mejor calidad, solía recordar que aquella pluma había sido un regalo de Marie Eloise Margueritte Möet du Langedoc, marquesa de Pombeaultours et Chenaux de Selestat, profundamente agradecida por el delicadísimo trasplante que años atrás había practicado al señor marqués consorte después de que éste sufriera un penoso accidente en la entropierna mientras practicaba la equitación. Un trasplante realizado con urgencia y absoluta discreción en el Hospital Americano, toda vez que el donante, un joven y anatómicamente bien dotado varón de raza negra, había llegado de manera irregular pocos meses antes a Vilabianca desde un punto impreciso del África tropical. Si bien el estudio inmunológico demostró una compatibilidad perfecta entre receptor y donante, nunca quedó claro qué tipo de transacción hubo por medio y si la donación fue totalmente altruista o estuvo influida por la obtención de un pasaporte legal, los documentos de regularización, cierta cantidad de dinero en metálico y una vitalicia colocación en el *Ministero degli affari esteri e della Cooperazione Internazionale*. Ciertamente, la dotación del joven debía de ser más que notable considerando la exclamación imposible de inhibir —textualmente: ¡*Ob, Madonna mía!*—, repetida varias veces con sincera admiración por la anestesista al observar el cuerpo desnudo del donante sobre la mesa de operaciones justo antes de comenzar el procedimiento. En cualquier caso, a juzgar por los resultados, la intervención fue un

éxito porque tan sólo un mes más tarde la alegría volvió al castillo de Pombeau-Latours. Al parecer, en ello tuvo mucho que ver que la señora marquesa recuperara la confianza en la Humanidad al comprobar el tamaño, morfología y dinamismo de los tejidos trasplantados. Sobre todo porque el señor marqués, rejuvenecido a la postre, no andaba muy sobrado de energía desde bastante antes de la brillante intervención.

El cronista recuerda que, salvo cuando dictaba los informes clínicos a las secretarías en el Hospital Americano, Scalpellini evitaba el ordenador en su consulta. El denominado PC, esa máquina tan útil como enemiga de los libros y, en consecuencia, tan favorecedora del analfabetismo infantojuvenil. Porque estaba convencido de que escribir a mano le facilitaba la lectura y la fijación de lo leído; y, a la vez, le protegía de cometer faltas de ortografía.

Hijo de un humilde pero culto matrimonio de maestros de primera enseñanza en un pueblo próximo a Vilabianca, desde su infancia Scalpellini tenía interiorizada la importancia de la gramática, de hablar con propiedad y escribir con pulcritud. De que la caligrafía era una forma de disciplina impuesta a sí mismo por el que escribe y, a la vez, una muestra de respeto por el lector; del mismo modo que la ortografía representaba una prueba de consideración por el idioma de sus antepasados y que, desde siempre, la sintaxis constituía una expresión de la calidad intelectual y moral del que habla o escribe. ¡Cuántas veces recordaba los tiempos en los que no veía una errata ni una falta de ortografía en los periódicos, en los subtítulos de la televisión o en los carteles de anuncios! Sustituidos por los nunca perfectos programas informáticos, ¿a dónde habrían ido a parar aquellos respetabilísimos correctores tipográficos? Aquellos especialistas que había conocido en las imprentas y redacciones, a los que no se les escapaba una coma ectópica, una transliteración o un gazapo, ¿dónde estaban?

Scalpellini sabía que la lengua tanto hablada como escrita es padre, madre e hija del pensamiento. Que la lengua materna es la más profunda señal de identidad del hombre. Que las ideas surgen porque nacen de las palabras habladas o escritas, y viceversa. Porque, como le habían repetido en su casa, la calidad del pensamiento se correlaciona con la calidad del lenguaje y de la corrupción de la lengua nacen todas las demás. De ahí que le desagradara profundamente leer informes médicos con caligrafías ilegibles, mal redactados, descuidados, mal puntuados, sin tildes y con comas que parecían caídas de manera aleatoria en el papel. Informes clínicos que constituían una auténtica afrenta para el lector. O con clamorosas faltas ortográficas tanto en los artículos médicos publicados en las revistas, como en los manuscritos y las páginas salidas de máquinas de escribir, o de impresoras conectadas a un ordenador. Como tantas veces había oído a sus padres citando a un escritor ruso, “el lenguaje y la literatura protegen el alma de una nación”. Cita que completaban con una apostilla personal: “El mismo día en que los maestros de escuela y los médicos pongan faltas de ortografía sin avergonzarse, nuestra nación empezará a morir”.

Así, cuando tenía que enfrentarse a informes de otros colegas, Scalpellini pensaba con frecuencia: “Si piensan como hablan y hablan como escriben, a este paso muchos médicos van camino de convertirse en mecánicos de la anatomía humana. Peor que incultos, ignorantes, incapaces de utilizar correctamente los tiempos verbales o conjugar el subjuntivo, ni se molestan en hablar con propiedad y redactar con claridad. ¡Qué limitados son los léxicos que manejan! Con esos vocabularios tan escasos, ¿cómo van a tener precisión al expresarse? ¡Cómo la inexactitud verbal repercute en la calidad de sus pensamientos! La lectura, una vez más, raíz de todo. Porque, ¡qué lecturas tan escasas! ¡Cómo van a hablar o escribir bien si no tienen las herramientas necesarias, las palabras adecuadas y exactas para hacerlo! Redactan mal

porque no han leído, porque no leen y probablemente nunca leerán. ¡Pobres desgraciados que ignoran el inmenso mundo de la literatura! Y lo que es peor, que parecen despreciar ese universo sin fin escrito desde hace siglos en prosa o verso. Da la impresión de que se esfuerzan en olvidar lo que aprendieron en la escuela o el instituto. Especialistas de lo mínimo, que aparentan saberlo todo de algo muy concreto, de algo cada vez más minúsculo, pero que ignoran todo lo demás. Los superespecialistas, los nuevos bárbaros del siglo xx en adelante, ¡qué pocos temas pueden tratar en sus conversaciones! ¡Qué registros tan limitados! No saben que la cultura es uno de los mayores bienes que puede alcanzar el hombre. Que la cultura, o es general o no pasa de ser una suma de informaciones, un ornamento. ¡Pobres proletarios intelectuales, más por incultos que por mal pagados, muy pronto los políticos y el vulgo les perderán el respeto y terminarán despreciándolos!”

Aunque en realidad eso no le preocupaba en absoluto. Por la sencilla razón de que a él ya sólo le importaban él mismo, su labor profesional y su prestigio. Tenía claro que para llegar más lejos que nadie es preciso no pensar en nadie más que en uno mismo. No se llega a la cumbre teniendo en cuenta las opiniones ajenas. Por ese motivo Scalpellini siempre iba a lo suyo. Exclusivamente. Si los otros médicos del Comunale habían perdido cualquier vestigio de disciplina interior, de respeto por sí mismos, de afán de perfección, de autoestima o distinción, sería peor para ellos. Si descuidaban su indumentaria; si habían desterrado la corbata; si llevaban los zapatos sucios; si se expresaban como arrieros; si confundían la sencillez con la chabacanería; y si todavía no habían comprendido que los seres humanos no son todos iguales porque la dotación física, la actividad realizada, el sentido del deber, los objetivos vitales, la conducta, los afanes y las responsabilidades asumidas no lo son, ya lo pagarían antes o después.



Tras la pregunta obligada del nombre completo, lugar de nacimiento y estado civil, empezó la historia clínica con las frases clásicas que todo médico hace al enfermo desde la noche de los tiempos: ¿Qué le pasa? ¿Desde cuándo? Y ¿a qué lo atribuye? A continuación, sus preguntas fueron concretas, como también lo fueron las respuestas de Pirovano.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho.

—¿Profesión?...

—Digamos que trabajos auxiliares —respondió tras titubear unos segundos.

—¿Tiene usted hipertensión arterial, diabetes o colesterol alto?

—No.

—¿Sabe si tiene alergia a algún alimento o medicamento?

—Que yo sepa, no.

—Me dice que ha sido un cirujano quien le ha enviado a mi consulta...

—Sí, fue el mismo que me operó en el otro hospital.

—¿Sabe de qué le operó?

—De las vías biliares —contestó, lacónico, el enfermo.

—Después de la operación, ¿cuándo empezó a estar mal? ¿Qué síntomas ha notado? ¿Le dieron algún informe? —preguntó al joven que le miraba fijamente.

—Sí, tengo un informe del hospital. Me operaron en Catania hace algo menos de un año. Empecé a estar mal al tercer o cuarto día. Con frecuencia tengo fiebre alta y me pongo muy malo. Nunca tengo hambre y he adelgazado mucho... Sí, todo empezó tras un accidente —contestó Pirovano sin titubear.

—¿Un accidente laboral? ¿De automóvil? ¿De tráfico?

—No exactamente.

—Si no tiene inconveniente, ¿podría ser más preciso? No todos los accidentes son iguales. Necesito hacerme una idea.

—Digamos que fue un accidente desgraciado. Alguien sacó un arma blanca... Pero, por favor, el tema me resulta desagradable y no quisiera entrar en detalles —respondió, incómodo, el hombre después de parpadear varias veces.

Scalpellini percibió que tenía la boca seca y necesitó pasarse la lengua por los labios para humedecerlos y poder articular alguna palabra. Aún tuvo que carraspear repetidamente antes de continuar la anamnesis.

Al terminar, leyó despacio las hojas que el paciente sacó del bolsillo interior de la chaqueta. Después le pasó a la sala de exploración y, como médico-cirujano de la vieja escuela, le indicó que se desnudara señalándole las perchas donde colgar la ropa. Porque, antes de que máquinas, análisis y aparatos se convirtieran en protagonistas de consultorios y hospitales, hubo una larga época en que, para diagnosticar, tratar y pronosticar, los médicos



